

AMP

REFLEXIONES DE SEMANA SANTA

Por: Sor María Socorro Quintana. scc

Durante la Semana Santa de cada año, vemos tres elementos importantes, los cuales, muchas veces pasan imperceptibles ante nuestros ojos, porque es tanto lo que hay en nuestra mente que, los vemos, están ahí, pero pareciera que es simplemente parte del todo, una cosa más en todo el conjunto; entonces nuestro cerebro se acomoda a nuestras emociones y sensaciones, gritándonos ideas muy válidas y geniales, pero que serían o estarían muy bien si las ubicáramos en otro momento del año: ir a un asado, viajar a ver a los parientes del sur o del norte, pasar el *finde* en la playa, etc.

Tres elementos que nos hacen aterrizar en una realidad, ocurrida ya hace más de dos mil años, pero que se renueva cada año, porque Dios es eterno presente y ve al Hijo inmolarse por salvarnos, por llevarnos de regreso al paraíso perdido, a causa de la desobediencia, a causa del terrorífico *non serviam*¹; pero el Hijo, Jesús, está dispuesto a servir, hasta las últimas consecuencias y no se conforma con servir, sino que también entrega libremente su vida para rescatarnos.

Muchos han pensado que las Crónicas de Narnia² son un cuento para niños, esta idea está lejos de la realidad, es una narrativa apologética, que nos lleva a

¹ Del latín: no serviré.

² Crónicas de Narnia, de C. S. Lewis.

reflexionar sobre este gran sacrificio de Cristo Jesús. Porque él, el Cristo³, dio su vida por nuestro rescate, tan grave fue la ofensa de desobediencia a Dios, que sólo un sacrificio tal podía reconciliar a la humanidad con el Padre.

...Y seguimos pecando, seguimos desobedeciendo, pero ahí está aguardando Jesús en el sacramento de la Reconciliación, siempre dispuesto a llevarnos de regreso a la amistad con el Padre. Gran misterio encierra toda esta verdad, pero no podemos olvidar que es un misterio de amor, al cual nos podemos abrazar con toda confianza y con toda esperanza en Dios, quien nunca defrauda y está siempre listo para acogernos en su regazo, como a niños pequeños⁴.

Estos tres elementos a los cuales queremos prestar atención son: la corona de espinas, los clavos y el agua⁵. ¿Qué mensaje oculto tiene cada uno de ellos para nuestra vida espiritual? Sin duda alguna, a cada uno les pueden sugerir algo diferente, pero nunca dejar indiferentes. Entrar en contacto con ellos nos trae una enseñanza y una invitación.

La Corona de Espinas, símbolo de la burla, de la envidia al no querer reconocer en el otro sus atributos y características que lo ponen por encima de los demás y le dan autoridad para gobernar, o bien que lo distingue de los demás. El minimizar la realidad que destaca a alguien, siempre es fruto de la envidia, ese no querer ver lo bueno, noble y justo que hay en los demás, ese temer que sea más que otros, ese

³ El Mesías.

⁴ Cfr. Mt, 18,3

⁵ Idea original para la reflexión, de Paola Marcela Llanos.

temor a ser considerado menos a causa del que posee o tiene más, en cualquier orden de cosas.

De Jesús se rieron, sin querer reconocer su realeza, se burlaron de él, haciéndolo motivo de escarnio.

Cuando hacemos esto con alguna persona, lo hacemos también con Jesús, quien dijo: “en cuanto lo hicisteis a uno de estos, mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis”⁶.

Cuando nos damos cuenta de que la burla, las miradas displicentes, el comentario ácido, el gesto despectivo y las malas palabras o acciones nos degradan y evitamos todo lo relacionado con eso, somos, sin duda alguna, mejores personas y aportamos para que este mundo sea mejor, un buen lugar para vivir. Al mismo tiempo estamos siendo consecuentes con nuestra fe y estamos dando testimonio de Cristo en nuestra vida.

Los clavos son elementos que atan, traspasan, rompen lo que estaba íntegro, hieren y hacen doler, impiden la libertad.

Muchas veces nos atamos a nosotros mismos, sin darnos cuenta, a una vida lejos de Dios y nos empecinamos y aferramos a falsas creencias de la sociedad actual, pensando erróneamente que una vida de fe nos aleja de lo que somos en realidad, sin darnos cuenta de que junto a Dios es donde finalmente nos encontramos a nosotros mismos y esa filiación nos hace libres.

⁶ Mt 25, 40

Nos atamos, sí, nos atamos a muchas cosas: dinero, placer, personas que no nos hacen bien, casas, herencias, trabajo, etc., sin darnos cuenta de que nos estamos clavando a nosotros mismos en un círculo vicioso del que nos costará mucho salir sin el auxilio de Dios. La única atadura que nos da libertad, los únicos clavos que nos dan libertad son los de Jesús. Clavarnos al amor, clavarnos al servicio desinteresado, clavarnos a él, produce gozo y felicidad espiritual, que ningún otro clavo puede dar.

La invitación es, pues, a permanecer en el amor de Dios y no en falsos amores, que nos llevan a dar tumbos sin sentido y nos alejan de la esencia de nosotros mismos, hechos a imagen y semejanza de Dios.

Tres hermosos clavos, tres hermosas virtudes recibidas en el bautismo: FE, ESPERANZA Y CARIDAD; nada hay más grande, por eso quien se clava a Dios con estas tres virtudes y sigue al crucificado⁷ por el camino de la cruz, ES SANTO.

El agua está presente en la cruz, “brotó sangre y agua”⁸, de su costado abierto.

El agua purifica, lava, limpia. Juan bautizó con agua en el Jordán⁹, hoy recibimos el sacramento del bautismo con agua pura, esa agua que salió del costado de Jesús, nos lava del pecado, nos limpia para presentarnos como dignos hijos de Dios.

Hemos vivido tiempos de pandemia ¡cuánto se nos recomendaba el lavado de manos! Si hasta se nos enseñaba a lavarnos las manos, porque un ser dañino se nos podía pegar, nos podía enfermar y hacernos morir. Así también es el pecado y

⁷ Cfr. Mt 10, 38

⁸ Cfr. Jn 19,34

⁹ Cfr. Mt 3, 11 - 17

se nos hizo endémico, se enraizó en nuestra naturaleza humana, no queremos servir, queremos mandar y que otros nos sirvan, queremos ser señores, queremos tomar el lugar de Dios o a lo menos igualarnos a él. Cuando eso pasa nos tornamos seres peligrosos para los demás y para nosotros mismos, porque si no recapacitamos a tiempo, nos encaminamos hacia un suicidio espiritual; nadie, que no se limpie de esas características puede entrar en la presencia de Dios, así no se puede estar ante su trono de majestad infinita, de pureza sin par, de limpieza absoluta.

El agua del bautismo nos purificó del pecado original y el sacramento de la Reconciliación nos limpia de la consecuencia de esas raíces perversas que se anidaron en nuestro corazón y a las cuales con nuestra libertad mal entendida les damos alas, a través de las cuales volamos en medio de las tinieblas.

Agua del costado de Jesús, purifícanos para quedar y permanecer siempre en el regazo del Padre.